

2021

La locura de Don Quijote. Un análisis filosófico desde la teoría de los cuatro humores.

Alberto Fernández-Diego
University of Florida

Follow this and additional works at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular>



Part of the [Philosophy Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Fernández-Diego, Alberto (2021) "La locura de Don Quijote. Un análisis filosófico desde la teoría de los cuatro humores.," *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture*: Vol. 6 : Iss. 1 , Article 5.

Available at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular/vol6/iss1/5>

This article is brought to you freely and openly by Volunteer, Open-access, Library-hosted Journals (VOL Journals), published in partnership with The University of Tennessee (UT) University Libraries. This article has been accepted for inclusion in Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture by an authorized editor. For more information, please visit <https://trace.tennessee.edu/vernacular>.

La locura de Don Quijote. Un análisis filosófico desde la teoría de los cuatro humores.

Cover Page Footnote

Me gustaría aprovechar estas páginas para expresar mi más sincero agradecimiento al profesor Robert Felkel, cuyas excelentes clases de literatura española en Western Michigan University me enriquecieron hasta lo indecible.

La locura de Don Quijote. Un análisis filosófico desde la teoría de los cuatro humores.

El Quijote representa la cumbre de la literatura hispánica. La historia de Don Quijote es la historia de la regeneración y rejuvenecimiento del hidalgo de la Edad Media (su época dorada), así como la historia de una transformación. Durante el proceso, Don Quijote “rejuvenece”, y con él, la época y la realidad social de su mundo-entorno (Murillo 1). Sin embargo, la popularidad extrema de “Don Quijote” resulta ser un arma de doble filo, ya que la consecuencia de que todo hispano (o amante de lo hispánico) conozca a Don Quijote, es que en la mayoría de los casos, tal conocimiento sea excesivamente superficial y borroso. De ahí nace la motivación de realizar este trabajo, en el que se ofrecerá una investigación del primer capítulo del libro primero de *Don Quijote de la Mancha*, con la intención de profundizar en los factores que, junto con el mal hábito de obsesionarse y leer sin freno, llevaron a la transfiguración que inició todas las aventuras y desventuras del caballero de la Triste Figura. En efecto, de todos es sabido que Alonso Quijano enloqueció por una pasión desmesurada hacia la lectura de libros de caballerías, pasión que le llevó a “pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”, haciendo que “se le secase el cerebro” (Cervantes 73). Se obvian, sin embargo, dos factores que pueden resultar menos visibles a una lectura rápida, pero que son claves para evaluar el proceso con el que arranca la obra, a saber, la transformación de Alonso Quijano en Don Quijote de la Mancha, o lo que es lo mismo, el paso de hidalgo de aldea manchega en caballero andante.

En este artículo, se explicará que fueron tres las causas que propiciaron la transformación del hidalgo en caballero andante, de Alonso Quijano a Don Quijote de la Mancha. Las dos primeras –en sentido cronológico– son también las menos conocidas. La primera de ellas es su rango social de hidalgo de aldea; la segunda, su temperamento. Ambas

causas, en combinación con su mal hábito de leer sin descanso, privándose de sueño –tercera causa- arrojaron como resultado la aparición de Don Quijote en el mundo. Resulta fascinante constatar cómo el propio título de la obra ya encierra en sí mismo lo que nos disponemos a tratar aquí: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Vayamos por partes.

La historia del Quijote es la historia de un hidalgo de aldea. Empleando una metáfora vegetal, podríamos decir que la hidalguía es a Don Quijote lo que las raíces a la flor, siendo a su vez el hombre de carne y hueso (“Alonso Quijano”) el tallo y la clorofila, que funcionan como condición necesaria –aunque no suficiente- de los pétalos de la flor. Un hidalgo es un tipo de noble bastante abundante en la España del siglo XVII. La razón de ser de su nobleza residía en su supuesta ascendencia, así como en el hecho de haber tenido arte y parte en la ya lejana Reconquista de España, que enfrentó durante siglos a los musulmanes que dominaban la Península contra los cristianos, cuyo objetivo era recuperar el proyecto visigótico cristiano (“la recuperación del reino que arrebataron a Don Rodrigo”).

La Reconquista terminó en el año 1492 con la toma de Granada, de modo que en el tiempo en el que transcurre la historia del hidalgo manchego, su colectivo ya había perdido su función, viniendo muy a menos y tratando de aferrarse a un prestigio cada vez menos brillante. Se trataba de una clase social en decadencia. No es casualidad, entonces, que el hidalgo estereotípico en la España de la época se caracterizase por su empobrecimiento y su lejanía cada vez más notable con respecto a los antepasados que le otorgaron la nobleza, a base de las ya mencionadas hazañas de tipo militar y a su “limpieza de sangre” (Murillo 19). En el refranero español aún pueden constatarse ejemplos reveladores de su realidad histórica, tales como “el hijo del hidalgo, un pie calzado y otro descalzo” o “hidalgo de aldea, la pobreza allá le lleva” (19). Este último parece premonitorio en la historia de Don Quijote.

Cervantes hila tan fino, que la vida empobrecida del protagonista se hace notoria desde el principio de la obra, aunque sin la documentación debida pueda pasar desapercibida a los ojos del lector contemporáneo. En efecto, una de las primeras palabras que leemos en la novela (la tercera, de hecho) hace referencia al tipo de núcleo en el que vive el protagonista. Hemos mencionado que pertenece al colectivo de “hidalgos de aldea”, sin embargo, el autor va más allá, ubicándolo en “un lugar”: “[e]n un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...” (Cervantes 69). El término “lugar”, constituía una categoría urbana en la España del Siglo de Oro, y era el último en la jerarquía de extensión e importancia. Un lugar era, por tanto, menos todavía que una aldea. Un lugar, que no aldea, de una España convulsa y empobrecida debido a la política de los Habsburgo, la dinastía reinante España. Los intereses de dichos monarcas, soberanos de tantos territorios, hacían que sus ojos estuvieran con la mirada puesta en enfrentamientos religiosos de Centroeuropa, a costa de otros reinos bajo su dominio, como Castilla y Aragón. El dispendio económico tuvo como consecuencias una depresión económica en la sociedad española, depresión que se tradujo en una caída en picado de los valores morales. El oro que venía de América no fue suficiente para sufragar los gastos de las guerras contra los luteranos, provocando en el reinado de Felipe II (es decir, en las décadas previas a la ambientación de la historia de Don Quijote) varias bancarrotas.

La precariedad económica que se intenta reflejar desde las primeras líneas continúa justo después a propósito de la dieta del hidalgo. En primer lugar, en casa de Alonso Quijano se come “una olla de algo más vaca que carnero” (69), algo revelador de la apretada economía del hidalgo. Efectivamente, las vacas eran más baratas que los carneros, porque estos últimos daban lana, que era fuente de beneficios, de negocio. Incluso la mención a la olla y a su

proceso de cocción económico para eliminar las bacterias deja entrever la nada holgada economía del hidalgo. Tampoco el salpicón, que abunda “en las más noches” (69) tenía un precio elevado. Justo a continuación, se mencionan los “duelos y quebrantos”, una comida propia de un cristiano viejo, impensable en hogares judíos y musulmanes debido a que algunos de sus ingredientes son derivados del cerdo. Por si esto fuera poco, leemos que este tipo de alimento es del que se come en su casa los sábados, día sagrado para los judíos. Otra forma de probar su cristiandad vieja, ya que de ser un judío, el sacrilegio sería doble.

Continúa su dieta con lentejas los viernes (69). De acuerdo con las costumbres de la época, los viernes no puede comerse carne a menos que se haya pagado una bula que, como se hace notar, la economía del hidalgo no alcanzaba a comprar.

Por último, se nos hace saber que el hidalgo come “algún palomino de añadidura los domingos” (69). Este rasgo se desmarca de los anteriores, porque la mención nos hace saber que tiene un palomar: pese a las estrecheces, sigue siendo un privilegiado. Este detalle es clave para su transformación en Don Quijote de la Mancha, ya que la pobreza no fue por sí misma la única causa que provocó tal metamorfosis. Y es que fue precisamente la miseria combinada con trazas de cierto bienestar lo que la hicieron posible. ¿Acaso habría podido tener noticia de los libros de caballería si no hubiera sabido leer? En el siglo XVII la gran mayoría de la población española era analfabeta. Aun cuando el hidalgo Alonso Quijano no fuera especialmente culto ni experto en campo alguno, la prosperidad que aún conservaba gracias a su rango social tuvo un papel clave. Algo semejante puede afirmarse sobre su medio de transporte: un rocín, que no caballo. Otra señal reveladora de suficiente “abundancia en la pobreza”, como para poder emprender algún proyecto.

Para coronar toda esta declaración de miseria y escasez de recursos, se nos hace saber –también desde el inicio de la obra- que la región de la que procede el hidalgo es una región más bien pobre, árida y seca: La Mancha. Se trata, por tanto, de un hidalgo empobrecido de una región empobrecida. Escribe Murillo que la Mancha jamás ha sido un paradigma de prosperidad ni de fertilidad de la tierra. Aunque el objetivo de este trabajo no es el aspecto cómico de la obra, conviene señalar que el mencionado autor defiende que la pobreza y carácter más bien prosaico de la región manchega son claramente relegados en la obra, cuando Don Quijote se decide a anexionar a su nuevo nombre (por su nueva identidad) el “de la Mancha”. Así, su nombre completo pasa a ser “Don Quijote de la Mancha” (Murillo 19).

Este último detalle es revelador y no parece razonable que fuera elegido por Cervantes al azar, ya que el resto tampoco lo fueron (Rocinante, Dulcinea, Alifanfarrón...). De hecho, en la obra se menciona que pasó nada menos que un total de ocho días decidiendo su nombre (Cervantes 76), que además choca cómicamente con el de sus referentes caballerescos (Don Belianís de Grecia, Florismarte de Hircania, etc.) por el ya señalado carácter más bien seco y plano de esa zona castellana que es La Mancha, perteneciente a los territorios de la Corona de Castilla, a la llamada “Castilla la Nueva” (cuya “novedad” se debía a su relativamente reciente reconquista, por encontrarse al sureste de la Península y haber sido tomada hacía apenas un par de siglos). De acuerdo con la perspectiva cristiana, tal tierra no se caracterizaba por pasado glorioso alguno (al contrario que otras regiones, como Asturias, contemplada como la cuna de la Reconquista), sino por un gran número de moriscos o musulmanes que habitaban en el reino cristiano de Castilla manteniendo su religión (Murillo 18).

La segunda característica clave para la locura de Alonso Quijano fue su temperamento. Antes de profundizar en el asunto, debemos definir bien la diferencia entre

“temperamento” y “carácter”. De acuerdo con la RAE, el primero es la constitución particular de cada individuo, que resulta del predominio fisiológico de un sistema orgánico (6ª acepción DRAE); el segundo, es el conjunto de circunstancias propias de una persona, que la distingue por su modo de ser u obrar, de las demás (6ª acepción DRAE). Tiene razón Murillo cuando señala que en el propio título de la obra ya se nos hace saber el tipo de personalidad de Don Quijote (*[o]n Ingenioso as descriptive of Quixote's idiosyncrasy*). Cervantes nos revela detalles clave desde el inicio (Murillo 17).

La tradición helénica distinguía cuatro elementos conformadores de la “*physis*” (Φύσις) o naturaleza, a saber, agua, aire, fuego y tierra; elementos que a su vez estaban asociados a una serie de propiedades, que eran frío, el calor, la humedad y la sequedad. La relación llegaba a extenderse a los astros y a las edades del hombre (Redondo 127).

Pese a lo rudimentario e inadecuado de tales especulaciones, lo cierto es que fueron una referencia durante siglos, hasta que se fue desarrollando la medicina moderna. De acuerdo con ella, cada organismo está compuesto de cuatro líquidos o humores (sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra o melancolía) en diferente proporción en función de su individualidad, de su nacimiento, propiciando así unas determinadas tendencias en el carácter de cada cual. Un desequilibrio en los humores provocaba efectos en la conducta. Aunque esta “teoría de los cuatro humores” no era popular (porque era manejada por profesionales de la medicina para diagnosticar y tratar a los enfermos), dada la biografía de Cervantes (ávido lector e hijo de “cirujano”), resulta muy plausible que conociera bien esta teoría, así como su trasfondo filosófico, asociado, como hemos señalado ya, a la filosofía de la Grecia Clásica (128).

Por su parte, los individuos melancólicos están relacionados con una naturaleza pétreo y se encuentran enlazados al elemento tierra. Hay dos características parecen inclinar la balanza en favor de que Alonso Quijano tuviera un temperamento melancólico: la edad del hidalgo y el brote de locura que se dispone a sufrir. Sin embargo, los rasgos anatómicos del hidalgo encajan también en el perfil de individuo colérico. Recordemos que es “de complexión recia, seco en carnes, enjuto de rostro” (Cervantes 71), así como que ambos temperamentos comparten “la sequedad” (en lo que difieren es en el calor y el frío). A juzgar por los datos que Cervantes nos ofrece sobre Alonso Quijano, hay cierta ambigüedad a la hora de decidirse por un temperamento predominante. Parece tratarse de un individuo en el que se encuentran descompensadas la bilis negra y la bilis amarilla, es decir, que se trata de un individuo melancólico a la par que colérico. Lejos de ser un olvido de Cervantes, su ambigüedad más bien debió ser intencionada, dado el comportamiento de Don Quijote y la variedad de personalidades (¿acaso son inconcebibles los temperamentos híbridos o a caballo entre dos categorías?).

Parece razonable entonces preguntarnos no ya por su temperamento o temperamentos, sino por el predominio de uno de ellos. Recordemos que la melancolía está asociada al elemento tierra y se caracteriza por la sequedad, su estación relacionada es el invierno y su edad “la primera vejez” (es decir, que la etapa de la vida con la que se corresponde es la madurez, que comprendería la cuarentena). Asimismo, Redondo señala que este temperamento tiende a lindar con la demencia, cuando escribe que “[l]os efectos de este humor ... son muy negativos sobre el cerebro: provocan fiebres y visiones que pueden conducir al enfermo hasta la locura” (Redondo 128-129). Este mismo autor pone de

manifiesto la vinculación de la bilis negra y al elemento tierra, siendo el estereotipo de un hombre melancólico “de cuerpo seco, duro y frío” (129). Además, añade que:

(h)uye de la compañía de los demás hombres y se recluye con frecuencia en el seno de una naturaleza pedregosa, inhóspita. Su mirada es grave, hosca y se fija muchas veces en el suelo, cuando no está enfrascado en una profunda y pesarosa meditación que le impide toda acción. (129)

Sin duda, nuestro hidalgo encaja a la perfección con este perfil, en su doble identidad de Alonso Quijano/Don Quijote de la Mancha. Con una descripción anatómica algo ambivalente con respecto a la melancolía y a la cólera, sumada a la edad del hidalgo, que frisa “con los cincuenta años” (Cervantes 71) y además enloquece a esa misma edad, ¿no parece más que razonable decantarse por la predominancia de bilis negra o melancolía? No del todo. O al menos, no para Murillo, que apuesta por una interacción de ambos desequilibrios como fuerza motriz de su conducta:

[b]ut in Don Quixote’s body choleric and melancholy prevail in their combination or interplay, so that he is both choleric (hot and dry) and melancholic (cold and dry). (...) This interplay of choleric and melancholic periods is the decisive unfolding of his personality in the story. (23)

Ahora bien, como hemos señalado al comienzo del análisis de esta segunda causa de la locura de Alonso Quijano, hay que distinguir entre “temperamento” y “carácter”. El primero viene dado y es inevitable; el segundo se deriva de la interacción del primero y de las circunstancias (como la alimentación, el clima, las relaciones interpersonales del individuo en cuestión, etc.). Dicho con otras palabras, pese a la disposición por nacimiento a

la que “condena” cada temperamento, existe la posibilidad de modificarlos, es decir, de equilibrar la disposición de cada cual a través del hábito y las circunstancias (el clima, la edad, etc.). De este modo se legitima la labor e iniciativa del médico (Redondo 125). Esto nos conduce a una de las claves para la curación o, cuanto menos, al reequilibrio de humores. La vigilancia de la dieta resulta clave y, de acuerdo con ella, se deben evitar las comidas con demasiada cocción (128). Comidas que, como señalamos al principio, son constantes cada semana. Dicha dieta incluiría ciertos alimentos como “la mayoría de las carnes, los quesos, las lentejas, etc.” (129). Estas legumbres forman parte de la dieta habitual de Alonso Quijano.

Por otro lado, no está de más señalar que parece haber una conexión entre el desarrollo del temperamento de Alonso Quijano y la situación de la España de su tiempo. Redondo directamente relaciona la melancolía de Alonso Quijano con la melancolía colectiva de España. Así, el mencionado hidalgo sería el símbolo anímico de la España de su tiempo (121). En la época en el que está ambientada la obra, la expansión política española ha concluido (porque corresponde a la primera mitad del siglo XVI). A partir de la segunda mitad de ese siglo, la economía va cayendo paulatinamente, apareciendo como consecuencia directa enfermedades, escasez de trabajo y hambre entre las gentes de España. El malestar y la desesperación cunden sobre la población. Con razón escribe Redondo que “se habla de una España moribunda, de hambres, de pestes y de muertes, de ánimos tristes y melancólicos” (123). De modo que triste es la situación de España y tristes son sus habitantes, siendo el protagonista de la obra una muestra representativa del desengaño y la preocupación. Redondo señala con acierto el alza de los perfiles melancólicos en una España que parecía, por fin, haber tocado techo.

Es por ello que en este trabajo nos inclinamos por la interpretación del temperamento híbrido (melancólico y colérico) de Alonso Quijano como uno de los desencadenantes de su transformación de Don Quijote de la Mancha. Sin embargo, y pese a la posibilidad de discrepar con autores de la talla de los mencionados, sostenemos que parece más razonable plantear la personalidad en cuestión como melancólica con trazas coléricas, es decir, como un temperamento híbrido, aunque más melancólico que colérico.

Esta perspectiva encaja mejor con la mencionada tesis de una España decaída y enferma, ya que a la luz de la interpretación de la melancolía como enfermedad o “desvío” del curso deseable de la vida sana, entonces Don Quijote (que no Alonso Quijano) se nos revela como el médico que España necesita, como muy acertadamente señala Redondo. Un noble caballero que, deshaciendo entuertos y luchando contra los males del mundo, quiere devolver a España la luz y el rumbo que ha comenzado a perder. En este sentido, el caballero de la Triste Figura iría de la mano de personalidades tan relevantes del campo de la medicina tales como Jerónimo Merola, Cristóbal Pérez de Herrera y González de Cellorigo, cuyo objetivo fue lograr la “restauración de España” (125).

Obras citadas

Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo. 1ª ed. Vol. 1. Barcelona: Clásicos Castalia, 2010.

Murillo, Luis Andrés. *A Critical Introduction to Don Quixote*. Ed. Peter Lang. 1ª ed. Nueva York: 1988.

Redondo, Augustin. *Otra manera de leer El Quijote*. Ed. Castalia. 1ª ed. Madrid: Nueva biblioteca de erudición y crítica, 1997.

Seco Reymundo, Manuel et al. *Diccionario de la lengua española*. Real Academia de la Lengua Española. 23ª ed. Madrid: 2014.